

VIRUTAS

PARQUE HOTEL. –

Los toldos –subcielo a rayas de la noche–, tienen las orejas gachas, como los perros de caza cuando ha terminado la cacería.

La orquesta es un flemón doloroso que le ha salido al silencio.

El lápiz de las pupilas no puede estarse quieto en su obligación de delinear siluetas superpuestas.

El trombón de vara es un réferee que separa los cuerpo a cuerpo de dos parejas próximas al tablado con un enérgico brazo de bronce.

Habrá necesidad de inventar una música –superior al jazz, al bottom y al stomp–, para aliviar la tristeza de los sifones de soda.

El foxtrot pega manotones inesperados –¡auxilio, auxilio!– dentro de los pasos del tango.

Los mozos cruzan la pista de bailes danzando con una bandeja.

Cuando uno desee formarse idea cabal de un estado de borrachera, métase de paseo por entre los bailarines del Parque Hotel.

Los músicos no tocan para los bailarines. Tocan para el ritmo incansable de sus cuerpos y para los chauffeurs que están con las orejas pegadas al barandal.

Hay una recién llegada: la chacarera.

La chacarera se baila golpeando un poquito con el tacón. Hay una remotísima idea de cosa gaucha. Parece como si fuera a levantarse el clásico polvo de los bailes camperos.

El foxtrot exige que se cambie la orquesta. Le repugna sonar donde sonó su competidor más serio: el tango.

ATARDECER DE AHORA. –

Regresan los empleados a mi barrio.

Un señor gordo portador de un paquetito de nada se empecina en caminar por la angosta faja de sendero del cordón de la vereda. Sonrisa mía en el vaso de la tarde. Autos misteriosos se arriman a olfatear las casas, se detienen junto a la acera y no dejan adivinar por nada del mundo que esperan, que quieren, a que vinieron. Últimos reflejos –pañuelos improvisados con tela de luz– agitándose en mano de vidrios fronteros. Una nube indecisa, recordando penosamente algo que olvidó al partir, camina como una mosca por el techo de cielo.

Todo empieza a meterse debajo de las cobijas de la primanoche. Los pájaros, espías destacados en las copas de los árboles, esperan que pase la procesión negra de la sombra por las carreteras del cielo. Las estrellas, impertinentes mironas, salpican de miraditas la celosía del horizonte. Una campana se disuelve en tañidos. Bocinazos confusos. Último rastro de luz azul sobre el pavimento espejador de la calle encajonada. La luz muere con estertores de pájaro cazado.

Todo concluye detrás del horizonte.

El sol tira de la cuerda y cae la pesada tela de luces que escondía el basamento de la noche.

Alfredo Mario FERRERIRO.